
Cultura, innovación tecnológica y sociedad-red

PID_00255373

Francisco Beltrán Adell

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 1 hora



Índice

Introducción.....	5
1. La globalización de las ideas.....	7
2. Medios de comunicación, redes sociales y movimientos globales.....	10
3. Lecturas obligatorias.....	13
Bibliografía.....	15

Introducción

En este último módulo vamos a estudiar el impacto de internet, las redes sociales y las nuevas tecnologías en las dinámicas de globalización cultural y en los llamados movimientos por la justicia global. En primer lugar, se presentan los principales paradigmas o modelos para el análisis de la globalización cultural, la relevancia del Estado-nación para la producción, consumo y transmisión de ideas, y el creciente papel de la esfera global en los mercados culturales. A continuación, se explica la relevancia de las nuevas tecnologías en el proceso de globalización de las comunicaciones, los medios y la cultura, y el papel jugado por aquellas y por las redes sociales en el activismo político transnacional. El módulo contiene al final una lista comentada de referencias de consulta obligatoria.

1. La globalización de las ideas

En el estudio de las dinámicas culturales en un mundo globalizado vale la pena destacar el enfoque del sociólogo Jan Nederveen Pieterse, que emplea tres paradigmas o modelos para explicar el impacto que ha tenido la globalización sobre el concepto de cultura en los Estados-nación y la relación entre culturas nacionales, civilizaciones y la esfera global (Nederveen Pieterse, 2013).

Samuel Huntington es el protagonista del primer modelo. En su artículo de 1993, posteriormente desarrollado en el libro *El choque de civilizaciones*, Huntington describe un paradigma de la política global en el que los conflictos y la cooperación están determinados por la cultura y, en última instancia, por su concepto de civilización. Huntington afirma que las civilizaciones que van a determinar el futuro de la política global son «la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslavo-ortodoxa, la latinoamericana y, posiblemente, la africana». Mientras que la historia de las relaciones internacionales hasta nuestros días ha consistido en la pugna entre Estados en el seno de la civilización occidental, ahora el choque se va a producir entre civilizaciones. Para este autor, el final de la Guerra Fría marca el principio de una relativa decadencia de Occidente, el auge de Asia, la reaparición del islam como civilización de alcance global y la expansión de las redes transnacionales de ideas y personas. Según Huntington, la cultura está anclada en el territorio, y los flujos de migración dan lugar a conflictos. Para Nederveen Pieterse, este modelo equivale a la continuación de la política de la Guerra Fría.

El segundo modelo es el que califica como «McDonalización», que no sería otra cosa que la expansión de una única cultura dominante basada en el individualismo, el secularismo, la democracia y la economía de libre mercado. Esta expansión daría lugar a una convergencia cultural global. La McDonalización, no obstante, no tiene suficientemente en cuenta la evolución de la cultura local; asume simplemente que el proceso de homogeneización ocurre por la difusión global de la cultura estadounidense.

Algunos autores hacen referencia al paradigma de la McDonalización considerándolo un sinónimo de lo que califican como imperialismo mediático occidental, en particular estadounidense. El enfoque convencional hasta tiempos recientes era que las películas, la música, las series de televisión y los conglomerados mediáticos como CNN, Fox o Time Warner, ejercían un dominio global y se imponían en países menos desarrollados, logrando influir decisivamente en su cultura. No obstante, otros autores señalan que los medios occidentales no son tan poderosos como lo fueron en su día. Por ejemplo, la cadena árabe Al Jazeera compite en los mercados globales de noticias con la CNN o la BBC, y la industria cinematográfica de Bollywood rivaliza en todo el

planeta con la de Hollywood. Internet, por otro lado, ha contribuido decisivamente a la diversificación de los medios y a la atomización de los mercados mediáticos (Ritzer, 2010).

Nederveen Pieterse prefiere un tercer modelo para explicar las transformaciones culturales globales. El paradigma de la **hibridación** describe una combinación de elementos culturales que resuelve la tensión entre lo local y lo global. La complejidad cultural se debe, por una parte, al intercambio de ideas en el ciberespacio y, por otra, a los desplazamientos globales, los flujos de migración y la creación de diásporas. La mezcla cultural va en detrimento del nacionalismo porque se apoya en el cruce de fronteras, y socava las demandas de pureza cultural porque tiene su fundamento en la propia ausencia de nitidez de las líneas divisorias (Nederveen Pieterse, 2013).

Cada uno de estos modelos nos ofrece una interpretación distinta de la globalización. El choque de civilizaciones considera la globalización como un fenómeno más bien superficial, mientras que la dinámica verdaderamente relevante es la formación de bloques regionales –producto a su vez de civilizaciones específicas– y la rivalidad entre ellos. Por su parte, la McDonalización identifica a la globalización con una cultura hegemónica. Por último, la hibridación sería una consecuencia o efecto de la globalización que refleja tanto la influencia de Occidente como de Oriente, así como la presencia simultánea de factores globales y locales (Nederveen Pieterse, 2013).

La mayor parte de los teóricos de la globalización se ubica en alguna variante del modelo híbrido mencionado anteriormente. Así, al analizar la evolución del Estado-nación moderno, si bien reconocen la importancia del nacionalismo, apuntan sin embargo al carácter «artificial» o «construido» de las culturas nacionales. Estos autores no solo afirman que las culturas nacionales se han formado en tiempos mucho más recientes de lo que se suele pensar –en este sentido, no serían más antiguas que la aparición de los Estados-nación–, sino que no son inmutables ni inevitables en nuestra época global. Aunque el nacionalismo pudo haber sido un elemento esencial en la formación del Estado moderno, parece ahora un fenómeno fuera de lugar cuando tantos aspectos económicos, políticos y sociales escapan a la jurisdicción del Estado-nación (Held y McGrew, 2007).

Aunque es probable que la idea de identidad nacional siga jugando un papel destacado en la política futura, el nacionalismo político, entendido como aquel que defiende la prioridad exclusiva de la identidad nacional y de los intereses nacionales, no permitirá alcanzar los bienes públicos necesarios en toda comunidad política sin recurrir a la cooperación y colaboración regional y global. Ello ha dado lugar ya a transformaciones fundamentales en una cultura popular contemporánea que, si bien no posee todavía una influencia global y un impacto comparable a las culturas nacionales, bien podría rivalizar con ellas en un futuro no muy lejano. En este sentido, los teóricos globalistas apuntan al volumen, la intensidad, la velocidad y la diversidad de los

intercambios culturales globales, citando el aumento exponencial del valor de las exportaciones e importaciones culturales, el aumento de la competición internacional en materia de difusión cultural, la explosión en el número de usuarios de internet y la naturaleza cada vez más internacional de unas pautas de comunicación que trascienden las fronteras nacionales (Held y McGrew, 2007).

2. Medios de comunicación, redes sociales y movimientos globales

Aunque podemos situar su origen en la mitad del siglo XIX, la globalización de las comunicaciones constituye un fenómeno del siglo XX. En primer lugar, la globalización de las comunicaciones es un proceso impulsado principalmente por las actividades de las corporaciones de comunicación a gran escala. En segundo lugar, el desarrollo de las nuevas tecnologías –en concreto, el empleo de sistemas de cable y fibra óptica cada vez más sofisticados, la utilización de satélites y la creciente capacidad de procesamiento, almacenamiento y encriptación digitales– ha jugado un papel decisivo para la globalización de las comunicaciones desde finales del siglo XX. Otro factor importante de la globalización de las comunicaciones es el hecho de que los productos culturales son comercializados y circulan cada vez más por todo el planeta, en lugar de estar restringidos a los mercados locales (Thompson, 2000). Por otro lado, es importante señalar que, mientras en regiones como Europa occidental la producción de servicios audiovisuales es eminentemente nacional, en Estados Unidos la industria cultural se ha especializado en el comercio de sus productos en el mercado global. Sus productos, además, no son únicamente en inglés, sino que se adaptan a las pautas de consumo e idiomas locales. Un ejemplo de esto último son los diferentes programas locales de la cadena musical y de entretenimiento estadounidense MTV (Herman y McChesney, 2000).

En décadas recientes, la cultura popular –música, deportes, eventos mediáticos, películas y series de televisión– se ha integrado en nuestra experiencia cotidiana combinando lo local y lo global de forma compleja. La relación entre estos dos planos obedece a procesos a la vez opuestos y complementarios. Mientras que, por el lado de la producción, la cultura popular está cada vez más concentrada en manos de unas pocas corporaciones multinacionales, por el lado del consumo un público cambiante está desempeñando un nuevo papel en cuanto a la distribución, recepción e interpretación de los productos culturales. Internet actúa como el elemento mediador central en el proceso, haciendo posible un acceso global a la cultura popular, permitiendo instrumentos para que el público mantenga vínculos sociales y culturales, y diseñando nuevas formas de participación cultural (Gelernter y Regev, 2015).

Entre estas nuevas formas de participación cultural destacan las redes sociales, cuyo impacto es considerable en relación con la pugna política e intelectual global respecto a los modelos de desarrollo y a las alternativas a los sistemas políticos y económicos existentes.

Facebook

Twitter, Instagram, WhatsApp, YouTube, Weibo... Todas estas redes sociales están cambiando desde la economía hasta las relaciones personales cotidianas en el planeta, pero

ninguna posee el alcance y el impacto de Facebook. Facebook, compañía fundada hace trece años en California por Mark Zuckerberg, es la tercera web más visitada del mundo, posee dos mil millones de usuarios activos al mes y unos ingresos netos de 11.000 millones de dólares en 2016. Pero su impacto en todos los órdenes de la vida pública global es quizá incalculable, dado que hay pocos gobiernos, administraciones, organismos internacionales, empresas e individuos que no se cuenten entre sus usuarios.

A partir de la década de 1990, es habitual presentar internet como la base para una globalización radical del discurso y del activismo político. En ocasiones, se ha interpretado este proceso como la emergencia de una nueva esfera pública global que va a trascender a –y en última instancia, acabar con– la política en los Estados-nación. Si bien esto es más una visión que una realidad, internet sí que está contribuyendo a la globalización de la actividad política. Aunque las acciones políticas transnacionales no son algo novedoso, internet ha cambiado tanto la intensidad como la estructura del activismo político transnacional, haciéndolo menos jerárquico y coherente, más orientado en un sentido cultural y más organizado en torno a redes, redes que pueden presentar varios niveles de actividad y permitir relaciones específicas y una estructura organizativa más descentralizada (Gelernter y Regev, 2015).

Los «movimientos antiglobalización» son movimientos sociales de amplio alcance o que están centrados en una cuestión específica; aparecen como reacción a lo que muchos califican como imposición de políticas económicas neoliberales a finales de la década de 1970. La mayor parte de los teóricos que estudian el fenómeno prefiere calificarlos como «movimientos por la justicia global», «movimientos sociales globales», «movimiento por la solidaridad global» o «movimientos en favor de una globalización alternativa» (Mertes, 2015).

Movimientos en favor de la justicia global

Como ejemplo de estos movimientos podemos citar, sin ánimo de exhaustividad, los siguientes: EZLN, Oxfam, el brasileño Movimiento de los Sin Tierra, ATTAC (el movimiento por la imposición de una tasa a las transacciones financieras globales), la Confederación Paisana en Francia, el Rainforest Action Network, el Foro Social Mundial, Black Lives Matter (movimiento por la justicia racial y contra la brutalidad policial originado en Estados Unidos) y MeToo (un movimiento muy reciente también con origen en Estados Unidos y que lucha contra los abusos sexuales).

Los movimientos por la justicia global son, en primer lugar y por definición, globales, y se coordinan y comunican a través de redes transnacionales y redes sociales. En segundo lugar, son movimientos informacionales, cuyas tácticas de protesta, que aparecen en contextos culturales muy diversos, producen imágenes de impacto para consumo de los medios de comunicación de masas. Por último, los movimientos globales se organizan en torno a redes flexibles y descentralizadas, una multiplicidad de estructuras en red, con modelos más o menos jerárquicos (Juris, 2006).

Internet, las redes sociales y las nuevas tecnologías de comunicación son elementos clave para el desarrollo del activismo global. Durante los levantamientos populares que tuvieron lugar contra los regímenes dictatoriales en el mundo árabe en 2011 –la llamada «Primavera Árabe»–, las redes sociales permitieron la organización de las protestas, la transferencia de estrategias organizati-

vas de un país a otro y la movilización en torno a causas compartidas más allá de las fronteras nacionales. En cada país, los individuos utilizaron las redes sociales para poner en marcha una respuesta política a los regímenes injustos tal como se experimentaban localmente. En este sentido, redes sociales como Facebook y otras proporcionaron a los activistas herramientas de las que no disponían con anterioridad, redes de información no controladas por los Estados e instrumentos de coordinación que ya forman parte de redes familiares y de amigos en las que uno puede confiar (Howard y Hussain, 2011).

3. Lecturas obligatorias

Howard, P. N.; Hussain, M. M. (2011, julio). «The role of digital media». *Journal of Democracy* (vol. 3, núm. 22, págs. 35-48).

Apoyándose en la experiencia de la Primavera Árabe en Oriente Medio y el Magreb, los autores del artículo afirman que internet no solo ha cambiado el modo en que los actores políticos se comunican entre sí. Desde 2011, los medios digitales y las redes sociales han permitido que comunidades políticas enteras estén en contacto permanente y se mantengan unidas en torno a agravios compartidos. Las nuevas tecnologías de comunicación y las redes sociales también han hecho posible la transferencia de estrategias para la movilización social frente a las dictaduras.

Ardalan, K. (2014). *Understanding Globalization* (cap. 4: «Globalization and information technology: four perspectives»). Nueva Jersey, New Brunswick: Transaction Publishers.

La tesis del capítulo gira alrededor de la idea de que la revolución de las nuevas tecnologías no apunta a un desarrollo futuro, sino que es ya una realidad que tiene consecuencias para la vida y la organización social en todo el planeta. Las transformaciones derivadas de las nuevas tecnologías afectan a los estilos de vida, a las pautas de crecimiento económico, a la educación, al propio estudio de la globalización y a las condiciones humanas y sociales. El autor considera esta transformación de la misma envergadura que la Revolución Industrial.

Juris, J. S. (2006). «Movimientos sociales en red. Movimientos globales por una justicia global». En: M. Castells (ed.). *La sociedad red*. Madrid: Alianza.

El texto explica el funcionamiento de las redes sociales en el contexto de los movimientos para la justicia global, aquellos que se oponen a la que consideran extensión del neoliberalismo por el planeta y que dicen defender un modelo alternativo de globalización. El autor analiza el funcionamiento de las redes en tres dimensiones o planos: las redes como infraestructura informática (tecnología), las redes como estructura organizativa (forma) y las redes como modelo político (norma), estudiando también las relaciones entre ellos.

Bibliografía

Gelernter, L.; Regev, M. (2015). «Internet and globalization». En: B. S. Turner; R. J. Holton. *The Routledge International Handbook of Globalization Studies*. Londres: Routledge.

Held, D.; McGrew, A. (2007). *Globalization / antiglobalization. Beyond the Great Divide*. Cambridge: Polity Press.

Herman, E.; McChesney, R. (2000). «The Global Media». En: D. Held; A. McGrew (coords.). *The Global Transformations Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Cambridge: Polity Press.

Howard, P. N.; Hussain, M. M. (2011, julio). «The role of digital media». *Journal of Democracy* (vol. 3, núm. 22, págs. 35-48).

Juris, J. S. (2006). «Movimientos sociales en red. Movimientos globales por una justicia global». En: M. Castells (ed.). *La sociedad red*. Madrid: Alianza.

Mertes, T. (2015). «Anti-Globalization Movements». En: B. S. Turner; R. J. Holton. *The Routledge International Handbook of Globalization Studies*. Londres: Routledge.

Nederveen Pieterse, J. (2013). «Globalization and Culture: Three Paradigms». En: R. Mansbach; E. Rhodes (eds.). *Introducing Globalization. Analysis and Readings*. Thousand Oaks, CA: Sage-CQ Press.

Ritzer, G. (2010). *Globalization. A Basic Text*. West Sussex: Wiley-Blackwell.

Thompson, J. B. (2000). «The Globalization of Communication». En: D. Held; A. McGrew (coords.). *The Global Transformations Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Cambridge: Polity Press.

